

DECIAMOS AYER...

La puerta de la fría y lóbrega celda se abre. Por ella entra aire y luz de libertad. Después de largos años recluido entre aquellas húmedas paredes, de dura piedra, y de tantos estremecimientos en los crudos inviernos; después de innumerables temores e incertidumbres, esperando siempre lo peor, sin más consuelo que la lectura de la vieja Biblia y sin otro quehacer que la meditación y escribir sin descanso; después de dolorosos padecimientos físicos, sometido a la inacción y a privaciones, el chirrido de los mohosos goznes le suenan como concierto celestial.

Fray Luis mira, por última vez, la breve estancia, sucia, oscura, gélida. Y recuerda aquel día en que, desde lo alto de un tenebroso e imponente estrado, los rasgos duros e inmisericordes del Inquisidor, resaltados téticamente por las oscilaciones de la luz de unos candelabros, le infundieron, por vez primera en su vida, verdadero miedo. Y ve aún, con nitidez, aquellos ojos penetrantes y --cruelles fijos en él; y escucha su voz, bronca y áspera, leyendo unas absurdas e infames acusaciones.

- Mi fe es firme. Jamás he cuestionado los contenidos de los libros sagrados. Mis enseñanzas siempre se han ceñido a los dogmas. Mis traducciones, sobre todo la de "El Cantar de los Cantares", sólo perseguían que algunos amigos conocieran su belleza y profundidad.

Pero a cada afirmación suya, negras siluetas de borrosos contornos, como seres demoníacos, se aproximaban al Inquisidor y le susurraban, con sonido semejante al silbido de serpientes, nuevas

acusaciones de quien sabe qué tremendas herejías, en un desfile sin pausa.

A Fray Luis, la impresionante figura de quien le interrogaba, situada en el elevado estrado, con un fondo de cortinas brunas y rojas, y aquellos otros desconocidos colaboradores, cuyos rostros escamoteaba la escasa luz, acabaron por inquietarle, pese a la reciedumbre de su carácter y a la fortaleza de su espíritu. Se sentía inerme, desvalido, sin defensa ante una larga lista de mentiras y falsedades.

Después... Arrojado a la mazmorra -que no celda-, sin explicaciones, justificación, ni sentencia, pasaron los días. Días que cada vez resultaban más largos y penosos, conforme su abatimiento y dolor aumentaban. Y hubiera caído en la desesperanza o en la desesperación -graves faltas-, de poseer una fe endeble y vacilante. Pero no. Él tenía confianza en Dios y en sus, a veces, incomprensibles designios.

En la sombría y helada prisión, su alma sabía escaparse del entorno e imaginar otras situaciones, otros ambientes, como consuelo.

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera,  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

... ..

¡ Que descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido...!

Y el monótono gotear del agua filtrada desde el techo, y el ruido estremecedor de los cerrojos de otras celdas al cerrarse, y el

gemido lastimero de algunos presos torturados, él los transformaba en suaves melodías

A cuyo son divino  
mi alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar su tino  
y memoria perdida  
de su origen primero esclarecida.

En la búsqueda de motivaciones justificadoras del estado a que era sometido, su mente llegaba a cansarse. Y, entonces, como reacción liberadora de la pesadilla, escribía sobre los "Nombres de Cristo", o dictaba lección a un imaginario auditorio de su querida Universidad salmantina. Y creía ver los rostros de los estudiantes prendidos en el hilo de sus razonamientos y sugestionados por su verbo cálido y espléndido.

Junto a la puerta el guardián esperaba impaciente. El agustino seguía observando el mínimo y desabrido espacio donde había pasado interminables años, como si quisiera retenerlo siempre en el recuerdo. Finalmente, se acercó hasta una de las paredes y escribió en ella:

Aquí la envidia y la mentira  
me tuvieron encerrado...

.....

Lentamente, con paso seguro, salió, cruzó el patio y respiró, por fin, el aire fresco y libre de la calle. Hacía un día luminoso de primavera. Mientras caminaba, sin volver la cara atrás, iba pensando en su próxima lección, que empezaría con una sencilla frase: "Decíamos ayer...". De su vida se habían borrado ya los tristes años perdidos.